

## LA SOCIEDAD EGIPCIA DE ENTREGUERRAS: UNA INTERPRETACION.

JUAN M. ORTEGA MARIN

La ocupación inglesa de Egipto en 1882 vendrá a sancionar de derecho, (según los conceptos vigentes entre las potencias occidentales de la época), una situación que ya duraba años y que se dirigía a su lógico desenlace a través del constante y progresivo agravamiento de la salud financiera de una nación que había intentado incorporarse a un mundo nuevo, para lo que hubo de pagar un alto precio impuesto por los rectores de aquel orden. Los intereses superaron sus posibilidades hasta desviarla de sus objetivos; aunque se consiguió una integración, no fue, en absoluto, a la manera en que se soñó. La dura realidad pasó su factura a lo largo de setenta años más y, todavía hoy, transcurridos más de cien, la onda sísmica entonces generada no ha dejado de transmitir sus vibraciones.

La continuidad de la historia admite difícilmente la clasificación rígida tan cara a nuestras mentes ordenancistas. Los hitos de la ocupación, las dos guerras mundiales, la primera de Palestina o el pronunciamiento de 1952, jalonan el camino, pero no significan cortes entre situaciones distintas, sino cómodas referencias que, eso sí, facilitan la orientación del viajero.

La sociedad egipcia es vieja, ha visto mucho y, en su gran parte, lo ha interiorizado. Las variaciones en su estructura, que la han conmovido especialmente hasta el cambio de régimen en 1952 (no nos podemos sustraer a la periodificación), han sido, sin duda, importantes; sin embargo, el proceso continuó y hoy nadie sabe las sendas que va a seguir en el futuro un pueblo pausado, longevo, pero que no acaba de encontrar un modelo de sociedad equilibrada y acorde con sus necesidades. No es que ese pueda ser un punto final, pero, al menos, podría serlo de partida.

### 1. ENTRE LOS ESTAMENTOS Y LAS CLASES.

Venimos insistiendo en el uso de las coordenadas de tiempo y de lugar ya que no creemos en la aplicación preconcebida de un sistema que, en el mejor de los casos, podría servir como marcador de limitaciones. Creemos que la utilización de las coordenadas es siempre necesaria, pero en Egipto

no podemos movernos sin ellas. Cuando en una sociedad ocurren cosas a la velocidad que allí lo hacen, la aplicación de esquemas y extrapolaciones es suicida (1).

Siempre que hemos tratado de analizar la sociedad egipcia, y han sido numerosas ocasiones, hemos dejado jirones en el envite. A pesar de los intentos de exhaustividad, algo había que quedaba desenfocado. Un algo indefinido, perceptible, en lo general, en contradicciones no resueltas que impedían completar el rompecabezas. Lo más llamativo es que esa sensación ha sido experimentada también por otras personas consultadas al respecto (2); no sabemos a qué atribuirlo y únicamente se nos ocurre achacarlo a que no disponemos de categorías para aplicar al ser oriental que allí se respira. Quizás sean resabios románticos dispuestos a aceptar cualquier explicación mejor.

La estructura social del país ha cambiado a lo largo de la primera mitad del siglo XX; el modo de producción egipcio ha evolucionado. De una colonia se ha llegado a la independencia formal, y una sociedad eminentemente agraria, (¡qué recuerdos evoca esta frase!), ha conocido las primeras tentativas serias de industrialización.

Según Hussein (3), el tránsito ha sido del esclavismo al capitalismo, y todavía no ha concluido. Admitiendo este paso, hay que matizarlo debidamente, para lo que podemos acudir a reparos y puntualizaciones que, seguramente, nacerán en la mente de todos. La primera de ellas se refiere a la tan debatida lucha de clases, y hemos de decir que, si ha habido lucha, no ha tenido como protagonistas a la burguesía y al proletario, ya que, entre otras cosas, el segundo no ha existido prácticamente. Las masas populares, como veremos más adelante, no han coloreado su papel en el calco marxista. Si seguimos el hilo de esta teoría y aceptamos que, al no tratarse de formaciones capitalistas, no se puede hablar de clases sino de estamentos, nos da un poco de aprensión la cantidad de obras que sufren una descalificación doctrinal.

No queremos tomar partido por ninguna de las dos posibilidades, sino que admitiremos el hecho de la distancia social existente entre las clases, tomadas en el sentido estamental, y trataremos de describir los momentos en que dicha distancia se transforma en enfrentamiento.

En cuanto a los protagonistas directos, trataremos de no facilitarles ropajes que los disfracen para poder interpretar papeles predeterminados y repartidos antes de saber qué parte van a tomar en esa obra, no sea que se confundan los libretos y después resulte que unos leen lo que otros representan.

(1) Se puede [...] dar cuenta de las diferentes evoluciones de las sociedades, es decir, explicar la historia verdadera y no sustituirla por un esquema que se dice universal pero sin valor científico. Ciertamente, las leyes descubiertas por el materialismo histórico son universales: los conceptos de modo de producción o de ideología no son específicos a una sociedad; las relaciones que ligán los elementos sociales a los que estos conceptos se refieren tienen, pues, un alcance igualmente universal. Pero estas leyes actúan en contextos diferentes. Los resultados a los que conducen son también particulares cada vez: las contradicciones tienen siempre diversas soluciones posibles, sobre la base de las mismas leyes. Hay, pues, vías múltiples de evolución y no un camino único trazado para toda la historia humana. [...] La historia del milenio que va desde la conquista musulmana a la integración de ese mundo en el sistema capitalista dominado por Europa no es [...] homogénea, por cuanto este milenio bunde sus raíces en una historia plurimilenaria. ¿Por qué esta parte de la historia humana permitiría ser globalizada por la búsqueda [...] de un modo de producción característico de todas sus regiones y períodos históricos? [...] ¿No valdría mejor caracterizar cada región para cada período, sin cuidado de extraer constantes que puedan ser prejuicios? S. Amin, *La nation arabe. Nationalisme et luttes de classes*, París, 1976, pp. 120-122. Citaremos como Amin, *Nation*.

(2) Quince años de frecuentación de un país, y siete u ocho años de documentación sobre el mismo, no bastarán para hacer de esta obra más que un ensayo. J. Berque, *L'Egypte, impérialisme et révolution*, París, 1967, p. 7. Citaremos como Berque, *L'Egypte*. Creemos que éste puede ser también el sentido de esta afirmación.

(3) Cf. M. Hussein, *L'Egypte, Lutte de classes et libération nationale*, 2 vols., París, 1975, p. 10. Citaremos como Hussein, *L'Egypte*.

La estructura social se puede considerar bajo distintas alternativas que van, desde la división en dos clases antagónicas en perpetuo conflicto, hasta admitir la existencia de numerosos estratos diferenciados. Hacemos causa común con la teoría de las tres clases, (poderosos, humildes y los que no son una cosa ni otra), pero no admitimos que se nos catalogue como inmovilistas, puesto que creemos en las distintas posibilidades de ordenar estos espacios y sus relaciones, así como en la aparición de sub-clase específicas. En todo momento consideramos las interacciones de la dinámica social, incluidas las fases de estancamiento, manifestación también de tensiones y problemas.

## 2.1. LA CLASE ALTA

Egipto, dentro del mundo árabe precolonial, constituyó siempre una sociedad diferenciada, ya que se articulaba en torno a una agricultura floreciente, lo que hacía de ella una sociedad tributaria rica frente a los modelos pobres representados por las demás regiones del Oriente Medio, en las que el único excedente posible estuvo siempre en estrecha dependencia del comercio en su doble vertiente exterior e interior. El florecimiento o el abandono de las rutas comerciales fue causa próxima de la brillantez variable de estas sociedades.

La propia estructura interna del país sirvió para crear un orden social particular, afectado, como no podía ser menos, por el hecho de la ocupación.

Tras los sueños de desarrollismo autónomo de Muhammad 'Alí, seriamente quebrados por distintos flancos, el capitalismo europeo hará su aparición en Egipto, en franca connivencia con el jedive de turno, entendido como cabeza de una aristocracia funcional y máximo responsable del país, siempre arropado por esa élite que le sirve como apoyo y justificación. La financiación del desarrollo corre a cargo de las casas europeas que van a seguir dando cuerda hasta que la deuda, concertada por un reducido círculo en nombre de toda la nación, justifique el embargo del deudor, que va a ser aquel en cuyo nombre se obró, por lo que las consecuencias de la ocupación no serán lesivas en exceso para quienes la propiciaron; el solar egipcio se constituye en prenda de garantía a explotar por la aristocracia circasiana y el nuevo socio inglés que, desde la distancia, necesita apoyarse en un equipo gerencial nativo, dirigido, eso sí, a partir de los centros de poder del Imperio. Tal sociedad es provechosa para las dos partes, y suficientemente fuerte a fin de hacer un convidado de piedra de quien cose y, además, pone el hilo.

La ocupación va a significar la plena incorporación de Egipto al sistema económico capitalista dentro de la órbita inglesa y, consecuencia, quizás inadvertida en principio, la necesidad de cambiar unas estructuras sociales con vistas al mejor servicio de nuevos intereses.

Ya antes de la irrupción física del colonialismo, el futuro ocupante, esencialmente cobrador en especie, había puesto su vista en lo más granado del patrimonio egipcio: la agricultura.

La propiedad de la tierra fue liberándose del control del estado y los colaboradores de palacio, ahora terratenientes, llevarán el peso de la explotación conjunta, a la par que constituyen el germen de una nueva clase, decisiva para todas las demás que se irán formando (4).

(4) *El imperialismo se alía, pues, a una antigua clase dirigente para instalarse. Pero esta alianza abre un nuevo capítulo de la historia en el curso del cual esta antigua clase se transforma progresivamente, por efecto de la integración del país en el sistema capitalista, para convertirse en una burguesía dependiente [...] La clase dirigente egipcia, [...] apoderándose de las tierras con ayuda del estado (se convierte) de burocracia mandarinal, (turcos, albaneses, circasianos), en una clase de latifundistas. Una vez reducido el país a granja de algodón para el Lancashire, la clase dirigente [...] aceptará someterse rápidamente, habiendo obtenido la garantía del mantenimiento de sus privilegios. Será ampliamente recompensada por los Ingleses y la principal beneficiaria de la puesta en valor del Nilo. Amin, Nation, pp. 39 y 41.*

La primera obligación de estos fieles administradores es la de adaptarse a las exigencias del cultivo de exportación y, una vez realizado esto, tratar de que ningún tipo de interferencias venga a estorbar la perpetuación de unas estructuras que les eran tan rentables. *La acumulación de riqueza así realizada no jugaba el papel de acumulación capitalista primitiva: no desembocaba en inversiones cada vez más productivas y no servía para alimentar una reproducción capitalista ampliada* (5).

El excedente va a ser administrado y dirigido desde los poderes financieros de Europa que lo invierten en el fomento de actividades comerciales y de servicios, lo que les permitirá obtener ganancias a costa de privar al país de una infraestructura en la que se pudieran sustentar alientos independientistas, en base a vertebrar una sociedad carente de malformaciones.

Toda la actividad económica se encamina a conseguir que nada se altere, limitándose a los sectores citados y, en pocos casos, a industrias ligeras incapaces de crear medios de producción; por si fueran pocas todas estas seguridades, los resortes financieros que componen el circuito, están en manos extranjeras, que no tendrán empacho en impedir cualquier tipo de actividad no autorizada (6).

El cultivo de la tierra va a dar para más, pues a la clase de los propietarios va a acceder un núcleo reducido y, a la vez poderoso, de notables egipcios que, procedentes de las filas de los campesinos ricos, se benefician del apogeo agrícola e, invirtiendo en la propiedad agraria, constituyen una aristocracia geórgica minoritaria frente a la masa de campesinos no propietarios.

Dentro de la dinámica social egipcia y teniendo en cuenta la pertenencia al mismo estrato social, parece entreverse una diferenciación entre los propietarios de linaje egipcio y los que no lo son. Hussein (7) señala la distinción en la parte más baja del estrato, colocando como clase dominante al extranjero y como una clase inferior a la de los campesinos ricos egipcios. Creemos que acierta al hablar de la egipcianidad como importante factor diferenciador, ya que la parte extranjera de la propiedad, en sociedad con el ocupante, desprecia lo egipcio y sobrevalora lo extraño. Los nativos sufren, además, las alteraciones procedentes de mercados exteriores, tanto de productos como monetarios, sin disponer de elementos para contrarrestar presiones. De ahí que una facción importante de propietarios esté en contra del régimen de ocupación, al pensar que la autoadministración les produciría mayores beneficios.

Sin embargo, estimamos que Hussein no acierta al realizar lo que podríamos llamar el corte estratigráfico diferenciador. Para un sector de la izquierda egipcia ha resultado especialmente complicado analizar la evolución social de su propia comunidad y, sobre todo adecuar dicha evolución a las categorías occidentales y a la teoría marxista de la sucesión de los modos de producción, así como tratar de justificar la escasa participación popular y la asunción de responsabilidades propias de esta clase

(5) Hussein, *L'Egypte*, p. 12; en general, el aspecto «propietario» prevalece entre ellos sobre el aspecto «gran explotador». [...] En estas condiciones no se sabe muy bien como calificar el sistema original actual. ¿Se trata de capitalismo? Si en la medida en que la subordinación de la mano de obra ha permitido el mantenimiento de los antiguos métodos de cultivo, en los que, consecuentemente, el factor de producción más principal (el más escaso) continúa siendo la tierra y no el capital. H. Riad, *L'Egypte nasserienne*, París, 1964, pp. 25 y 31. Citaremos como Riad, *L'Egypte*.

(6) La ocupación inglesa alienta las tendencias de Egipto al monocultivo y a una economía de mercado. [...] Cada vez más ligada a la política económica de Europa, la producción egipcia abastece con prioridad las industrias algodoneras inglesas. [...] Los capitales extranjeros se invierten en las pequeñas industrias de consumo, los servicios públicos locales (transporte, agua, ga, sociedades de navegación, etc.) y en los bancos [...] El capital egipcio, por su parte, no se interesa más que por la tierra. N. Tomiche, *L'Egypte moderne*, París, 1966, p. 54. Citaremos como Tomiche, *L'Egypte*.

(7) Hussein, *L'Egypte*, pp. 17-18.

por la pequeña y gran burguesía (8).

Partiendo de estas premisas, han querido ver en la revolución de 1919 el enfrentamiento de una burguesía nacional e industrial contra el inmovilismo de una aristocracia de la tierra de origen extranjero, justificando que grandes nombres representativos de la burguesía egipcia hayan quedado en la memoria y en el reconocimiento del pueblo, tras el filtrado revolucionario que marca el ascenso de nuevas capas sociales (9).

De hecho, la burguesía surgirá como hermana más joven de la aristocracia, lo que reconoce el mismo Hussein (10). Pensamos que los términos de «burguesía agrícola» o «aristocracia burguesa» no encierran, como podría pensarse, una contradicción entre campo y ciudad, puesto que el absentismo (11) entre los propietarios los incardina necesariamente en el núcleo urbano donde, además, tenderán al cultivo de otros negocios que les producen grandes réditos.

Precisamente de la proliferación de este tipo de asuntos surge el último grupo de sus titulares que se incorpora a la clase dirigente.

La integración de Egipto en la órbita del capitalismo requirió la creación de una infraestructura inexistente en el país, a la vez que un grupo de intermediarios de procedencia variada se ocupan de establecer las relaciones necesarias y de proveer lo indispensable. Europeos y levantinos se dejan caer en Egipto dispuestos a vivir sobre el terreno. Un grupo de ellos conocerá un enriquecimiento desmesurado que le confiere, aparte del valor del dinero, una prepotencia influyente que no dudará en poner en práctica. Las migajas de importantes transacciones se convierten, para algunos, en suculentos bocados que alimentan unas apetencias de dinero fácil transformadas en realidad.

(8) *Burguesía y proletariado son clases sociales propias del modo de producción capitalista. No existen en las sociedades precapitalistas como el mundo árabe precolonial; así, es esencial no confundir, por ejemplo, los comerciantes de los sistemas precapitalistas con los capitalistas del comercio en el mundo capitalista. [...] La burguesía se desarrolla en Oriente en estrecha relación con su integración al sistema imperialista. [...] El mismo sistema capitalista no ha quedado inmóvil. Grosso modo, se pueden distinguir dos fases su desarrollo. En la primera, prohíbe toda industria a los países dominados, circunscribiéndolos a la producción agrícola y, eventualmente, minera. La burguesía de los países dominados apenas puede desarrollarse más que en la agricultura y en los sectores ligados a la integración en el sistema mundial (comercio, finanzas, transportes, construcción). En la agricultura, este desarrollo engendra una nueva clase que nosotros llamaremos «burguesía agraria». Fuera de la agricultura, el desarrollo de la burguesía ha sido en este estadio, limitado estrechamente por la división internacional del trabajo. [...] Por otra parte la burguesía llegará a imponer al imperialismo una revisión de la división internacional del trabajo. Se entrará entonces en una segunda fase del imperialismo, caracterizada por la industrialización dependiente. Amin, Nation, pp. 33-37.*

(9) *La aristocracia egipcia de la tierra se adaptaba rápidamente a las nuevas condiciones. Poco numerosa y relativamente rica, se europeizaba rápidamente. Poco a poco se constituía, en paralelo a la burguesía extranjera de Egipto, una burguesía específicamente egipcia: altos funcionarios y grandes propietarios, imitando a los más ricos extranjeros de Egipto, se lanzaban a los negocios, primero comerciales y financieros, después industriales. [...] De hecho, esta burguesía egipcia no se distinguirá en nada de la aristocracia. Eran las mismas familias, los mismos hombres, no habrá nunca clase burguesa egipcia autónoma, sino una sola clase dirigente, que se puede calificar de aristocracia burguesa y que subsistirá hasta el golpe de estado militar de 1952. [...] En los medios marxistas se ha venido en formular, bastante tardíamente por cierto, una nueva tesis: que la burguesía egipcia no era una clase homogénea, que había en Egipto dos grupos sociales burgueses, cuyos intereses se suponían irreconciliables: una gran burguesía «monopolista», aliada fiel de la aristocracia y de los ingleses y una burguesía «media», nacionalista. [...] Cuando se ha comenzado a construir una burguesía verdaderamente egipcia, se ha formado a partir de la aristocracia terrateniente. Sin duda es el por qué de que esta clase nueva, guardando profundos lazos con esta aristocracia, no ha adoptado nunca posiciones nacionalistas coherentes. [...] Que haya habido a la vez choques y colaboración (entre la burguesía egipcia e Inglaterra) no debería extrañar. Riad, L'Égypte, pp. 75 y 204-5.*

(10) *La burguesía egipcia ha nacido en un terreno preparado por la dominación imperialista: de una parte, no podía ir contra las exigencias de esta dominación (que implicaba la prioridad de la agricultura sobre la industria y del cultivo de exportación sobre los otros cultivos) siendo incluso dependiente, al comienzo, de los bancos o de diversas compañías extranjeras que dominaban el mercado. [...] El desarrollo de la burguesía se ha apoyado sobre una fuerte concentración de capitales (permitiendo realizar ganancias excepcionales) y, en el caso de las inversiones industriales, ha tenido tendencia a invertir lo menos posible en medios de producción y a utilizar al máximo la fuerza de trabajo. Hussein, L'Égypte, p. 15.*

(11) *Los terratenientes absentistas no tienen las relaciones de antes con los campesinos; llegan a ser extranjeros en sus pueblos o en sus tierras, para poder gozar de sus rentas «en la ciudad». La nueva burguesía local que invierte su fortuna en bellas residencias urbanas quiere «ser moderna», lo mismo que numerosos funcionarios que rechazan la cultura tradicional. N. Tomiche, Les origines politiques de l'Égypte moderne, en M. C. Aulas, J. Besançon et alii, L'Égypte d'aujourd'hui, permanence et changements, 1805-1976, Paris, 1977, p. 99. Citaremos como Tomiche, Origines, y L'Égypte d'aujourd'hui respectivamente.*

A partir, pues, de la propiedad de la tierra, se formó la clase alta (12) a la que se incorporan intermediarios comerciales y financieros y otros funcionarios. Una vez asentada, el excedente ya no podrá ser invertido en la adquisición de nuevas tierras, puesto que serán inexistentes; a la acumulación de capital se le presentan nuevas oportunidades de inversión que se aprovechan sin pestañear (13) aunque, insistimos, no vaya orientada a la creación de medios de producción, sino a la explotación de coyunturas que originan dividendos increíbles.

Como cierre de este proceso tenemos la aparición de la Banca Misr, creada en 1920, vínculo de unión de los intereses de la aristocracia burguesa, fundada por grandes propietarios y altos funcionarios (14), que supone el funcionamiento oligopolístico de las estructuras económicas. Se apunta, como hemos reiterado, al negocio fácil, lo que provoca, dados los intereses comunes de los que participan en él, numerosos casos de corrupción. *Nada es menos exacto que la concepción, sin embargo corriente en Egipto, de un grupo Misr en oposición con el conjunto de la «burguesía nacional media», hostil al capitalismo de estado e impermeable al capitalismo levantino y extranjero* (15).

Políticamente, el papel de Egipto va a estar condicionado por las dos guerras mundiales en las que no participa. Ambas le depararon la oportunidad de enriquecerse aunque no estuvieran exentas de los grandes vaivenes económicos ni de la creación y desarrollo de un sector para servir las necesidades bélicas que conoce su desmoronamiento al desvanecerse la economía de guerra y volver a sus cauces la de paz.

Igualmente, las esperanzas de posibles concesiones por parte de Gran Bretaña se ven alentadas en los momentos de preguerra y reducidas en la postguerra, al no necesitar ya alianzas que guarden las espaldas.

Dentro del país, se desarrolló un fuerte sentimiento independentista que tuvo su expresión clásica en el Wafd, partido político nacido de la Revolución de 1919, que obtiene un masivo apoyo por

(12) *El período moderno favorece el ascenso de las familias locales en lugar del señor extranjero. [...] El viejo equilibrio sobre el que descansaba la sociedad tradicional, el del consumo y los cultivos de supervivencia, se modificaba desde hacía medio siglo. Pero si el déficit de trigo, a escala nacional, se compensa ventajosamente con la venta de algodón, ¿en qué medida la compensación representa una ventaja para el pequeño campesino? [...] Pero, a pesar de estas amenazas, de lo aleatorio de la comercialización, del endeudamiento continuo, una minoría musulmana, débil por el número pero poderosa por el papel económico, afirma de día en día un porvenir capitalista. [...] Que no haya más que un millón de propietarios agrarios sobre una población rural de alrededor de nueve millones (hacia 1890), muestra que la masa de los sin tierra ha aumentado de forma inquietante. [...] (Apreciamos) en la decena de años que siguen a la ocupación británica, un movimiento contrastado. La base se degrada, mientras que el monocultivo de exportación y la especulación se alían para invertirse en riqueza inmobiliaria. [...] ¿A quién beneficia esto, aparte de los colonizadores? [...] A tal intermediario judío, sirio-libanés, copto o más raramente musulmán, aprovechándose del comercio de importación. Tal pachá asociado a los provechos del poder. Tal propietario equipándose de motobombas y creando un señorío burgués.* Berque, *L'Egypte*, pp. 46 y 189-193.

(13) *Una estructura económica, pero también social y moral, se consolida: la de los Consejos de Administración, santuarios de una minoría activa. [...] En dos años (1905-7) se han constituido más de doscientas sociedades. Se dedican a drenar el oro de la ciudad, que inundan de papel.* Berque, *L'Egypte*, pp. 248-250.

(14) *Como ali Yebia y Farghaly, a menudo enriquecidos por su colaboración política con Gran Bretaña. [...] Los ingleses invirtieron capitales en las tres sociedades más importantes del grupo, al mismo tiempo que los grandes hombres del grupo Misr estaban asociados a los más ricos hombres de negocios del mundo del algodón, los Salvago, Benachi, Choremi, Huri, etc. Riad, L'Egypte, p. 77. el lema parece ser «ninguna gran familia sin acciones del grupo». Se incorporarán terratenientes y políticos en una mezcla destinada a ser la más poderosa del país.*

(15) *Ib. p. 84. Al término de la guerra, los capitales disponibles, pertenecientes a un heterogéneo grupo social formado por comerciantes, terratenientes y representantes de profesiones liberales, son avenados por una institución local, la banca Misr, fundada en 1920. Un puñado de financieros indígenas [...] va a participar en los beneficios hasta entonces reservados a los bancos extranjeros. [...] Las actividades del grupo Misr se desarrollan rápidamente con la ayuda del Estado. [...] Serán creadas veintinueve sociedades (del grupo) de 1922 a 1957. Tomiche, L'Egypte, pp. 59 y 62.*

parte de la población egipcia (16).

El ascenso de Wafd, llevado en volandas por la nación, se ha intentado traducir como el apoyo a una burguesía nacional opuesta al gran capital, cuando los mismos fundadores eran terratenientes (17).

¿Cómo explicar ese conglomerado social que apoya al Wafd? En primer lugar, hay que contemplar los intereses de la burguesía aristocrática, que encuentra una clara oposición a sus intereses en Palacio y en la parte de aristocracia turca de origen extranjero que apoya su absolutismo, puesto de manifiesto en un intento de mantener una situación privilegiada frente a, incluso, los que debían ser compañeros de viaje. Los envites más duros del Wafd irán siempre contra el Palacio, llegando hasta no dudar en hacerse con el poder basado en la fuerza de ocupación, si bien es cierto que esta última circunstancia se puede considerar extrema dada la situación de máxima gravedad.

Asimismo, la parcela de altas finanzas que se encuentra en manos de los coptos, encuentra en el Wafd un mayor apoyo a su religión, con lo que ya se puede dibujar un frente aristocrático que tiene como contrincante al Palacio, mientras que los ingleses juegan el papel de árbitros parciales, al facilitar las oportunidades al contendiente que hace su juego.

Ahora bien, ¿por qué el resto del frente nacional?. Teniendo en cuenta que, años antes, el Partido Nacionalista de Mustafá Kāmil había lanzado las mismas ideas sin encontrar un eco mayoritario, extraña que se oigan ahora argumentos similares en todas las bocas. Creemos que hay que buscar la respuesta en las consecuencias de la guerra, que provocaron una fluctuación en los precios del algodón, impusieron las sevicias del Egyptian Labour Corp y desembocaron, por fin, en la proclamación del protectorado, cuando mayores eran los deseos de libertad, a fin de administrar mejor la finca.

No se registran protestas acerca de la situación interior más que en tanto sean causadas por la ocupación, infierno particular señalado como fuente de todos los males que aquejan a la sociedad. De ahí que los menos favorecidos hagan el juego a los demás, plenamente convencidos, al parecer, de perseguir al fantasma causante de sus cuitas, pero sin caer en la cuenta de levantar la sábana para ver quien va debajo.

Los revolucionarios, partícipes de un liberalismo individualista propio de la época, reclaman efectivamente libertad para todos, grito que no puede ser reprobado por nadie, a no ser que se aperciaban, como ocurrió después, de que el zorro libre en el gallinero libre no es lo adecuado para los polluelos (18).

Cuando el Wafd, constituido en partido, con aparato, políticos profesionales y electores, llegue

(16) *El Wafd es una organización nacionalista reformista que ha tomado forma a partir de la revolución de 1919 y que ha reflejado [...] la potencia y los límites del movimiento nacional egipcio entre las dos guerras. Al principio se trataba de un pequeño grupo de notables burgueses. [...] (Más tarde) se realiza un movimiento de unanimidad nacional antibritánica alrededor de ellos [...] desde las masas desheredadas hasta los grandes propietarios egipcios (con exclusión de la aristocracia turca). Estos representantes se transforman entonces en heraldos de un movimiento nacional al que van a dar una orientación reformista.* Hussein, *L'Egypte*, p. 46.

(17) No es necesario en absoluto, para explicar el Wafd, inventar una burguesía media para la que o existía una base económica verdadera. Es una interpretación simplista del marxismo querer que en cada época, cada partido político sea la expresión de intereses económicos de clase precisos. [...] No, el Wafd no es el partido de una clase social que tiene un interés real en la destrucción del sistema social y del régimen «semi-colonial»; para sobrevivir, debe solamente hacer frente a la monarquía celosa de su poder absoluto y para eso llama al sentimiento nacionalista de la pequeña burguesía, acomplejada y timorata. Riad, *L'Egypte*, pp. 208-209.

(18) Cf. Afaf Lutfi al-Sayyid Marsot, *Egypt's liberal experiment: 1922-1936*, Berkeley, 1977.

al poder, su labor se mostrará inconsistente, plagada de idas y venidas y sin un programa interior mínimamente exigible. Constituirá una amarga decepción que, si tardó en llegar, fue por ser la bala que los ingleses guardaron siempre en la recámara para amenazar al Palacio; pocas veces se disparó y siempre tuvieron cuidado en no hacer un blanco absoluto (19).

Tras las primeras elecciones de la postguerra, el Wafd remite en sus ataques nacionalistas contra Inglaterra, ya que no puede renunciar a su origen burgués, a pesar de haber recurrido a la intransigencia popular y hasta al terrorismo. Las miras del grupo Misr no están, lógicamente, en las reformas sociales, sino en tratar de conseguir los mayores beneficios que se ven obligados a disputar con grupos extranjeros poco colaboradores. Los consejos de administración, plagados de políticos, tendrán la suficiente fuerza para rendir el aparato del estado a los intereses particulares de la clase en el poder que, aun perdiéndolo nominalmente, nunca dejará de ejercerlo.

La expresión política de la clase alta egipcia, considerando el Wafd como un fenómeno singular, estuvo representada por una serie de partidos, de entre los cuales destacó el Partido Nacional, primer baluarte de la modernidad que quizás vivió antes de tiempo, por lo que se redujo a una élite cuantitativamente escasa que, sin embargo, dejó una impronta duradera en la ideología egipcia (20). Su influencia y trascendencia, frutos de un corto presente, pueden ser, sin duda, objeto de un interesante trabajo.

Las escisiones del gran Wafd comienzan en 1922, momento en que un grupo de terratenientes, alérgicos a los métodos populistas empleados, se separa y constituye el partido de los liberales-constitucionales, que sirvió al Palacio como recambio del Wafd y llena con su mandato político épocas dadas, correspondientes a dictaduras reales que se hubieron de apoyar en este partido, ya que el Partido de la Unión, de inspiración cortesana, no llegará a traspasar los muros del alcázar donde se gestó, al igual que el del Pueblo, que, por su parte, conoció una efímera victoria electoral.

La segunda ruptura del Wafd fue provocada por sectores de la burguesía industrial que necesitaban un mejor marco para sus aspiraciones; de todas formas, y al margen de movimientos de otra índole, como el del Joven Egipto o los Hermanos Musulmanes, el Wafd siguió siendo una esperanza de libertad, lamentable y frecuentemente truncada, hasta verse absolutamente desbordado en vísperas del golpe de 1952.

## 2.2. LAS CLASES MEDIAS

La historia de los últimos cien años en Egipto significa el desarrollo y encumbramiento de la pequeña burguesía. Es revelador como una comunidad que había permanecido estática durante siglos, va a generar en uno solo una dinámica imparable dentro de un proceso continuamente acelerado hasta el vértigo social (21).

(19) Durante veinticinco años, la alternancia de Parlamentos wafdistas y dictaduras reales bastó para asegurar la perennidad de los intereses extranjeros y de la aristocracia. La pequeña burguesía vivía satisfecha a la espera del próximo gobierno del Wafd. Y éste, llegado al poder, no realizaba nada, pero entablaba batallas de prestigio hasta el momento en que se dejaba cazar por un golpe de Estado real. Riad, *L'Egypte*, p. 210.

(20) Un ejemplo de esta huella nos lo da el hecho, recogido por Jean Lacouture, de que el Partido Nacional fue, más que el Wafd, la cuna cultural de Nasser. J. Lacouture, *Nasser*, París, 1971, p. 33. Sería imposible olvidar la labor de Lutfi al-Sayyid, el *ustād al-ʿīl*. Cf. G. Delanue, *Le nationalisme égyptien*, en *L'Egypte d'aujourd'hui*, p. 143.

(21) Los trazos más fundamentales de la estructura de la ciudad no se habían modificado apenas entre los siglos XV y XVIII; la misma masa urbana (superficie y población) no había cambiado sustancialmente: el progreso [...] es moderado, y de 1798 a 1865 todavía la constante de las cifras es sorprendente: 260.000 habitantes según los sabios franceses; 282.000 habitantes en 1865. Esta permanencia atestigua una notable estabilidad (se-



Otra nota digna de mención es la singularidad de las transformaciones, puesto que se da una ruptura próxima a una solución de continuidad en las líneas evolutivas que, en un principio, podían parecer normales. Así por ejemplo, el tercer estado que funcionó en 1882 conocerá una contracción importantísima y en modo alguno será la semilla natural de la burguesía posterior (22)

El recorte de su potencialidad económica, acompañado de la disminución del número de sus componentes, lo empuja hacia una zona más baja del entramado social. Tal estado de postración es interiorizado así por este sector de la sociedad, que sufre en su carne los inconvenientes directos de la ocupación; ésta alcanzará, lógicamente, un rango de perversidad inigualable y engendrará un sentimiento de desconfianza y xenofobia.

Lo más trágico es que esta porción social no va a encontrar una vía de desarrollo, por lo que se ve obligada a volver la vista atrás, en un pobre intento de afirmar su personalidad a través de un cauce tradicionalista asombrosamente estrecho e impracticable para otros modos de diferente evolución. Aunque se adopten determinadas actitudes importadas, el hilo conductor es el de la tradición que, invencible, lo recoge todo. La singularidad de la vía, de trazado tortuoso, con numerosos regresos y parones, es patente; su comprensión presenta, también, las lógicas dificultades.

La sección agraria de las clases medias compone un estrato con mayor grado de homogeneidad, a pesar de que sus miembros provienen de dos conjuntos sociales diversos en su origen, según se atiende o no a la propiedad de la tierra, lo que no es una dificultad para que su vivir diario, sus problemas y aspiraciones, se identifiquen como similares. Desde luego, el freno a su desarrollo es claro: el acaparamiento de tierras por parte de la clase dominante, la poca extensión de las mismas y los elevados costes que conllevan, las ponen, cada vez más, fuera del alcance de esta capa, por lo que su posibilidad de ascenso y salida naturales se ve absolutamente estrangulada.

Todo lo dicho sobre las limitaciones de los grandes propietarios egipcios se puede aplicar a los pequeños corregido y aumentado, puesto que se encontrarán absolutamente inermes ante las fluctuaciones de precios de origen exterior y se verán relegados a un segundo plano social por su condición, por su desfavorable condición, de egipcios (23), paradoja en la que se refugian en busca de su maltratada entidad diferenciadora, lo que les lleva a reconocerse dentro de un sistema de hondas raíces arcaicas cimentadas en la memoria colectiva tradicional, dándoles fuerza para sobrellevar la situación, a la vez que, completando el círculo vicioso, se convierte en un elemento más de freno a la evolución, junto a una mentalidad tremendamente conservadora ante la posibilidad de no tener nada, auténtica

ría necesario decir estancamiento) de los modos de producción y de los tipos de organización social, desde el corazón de la edad media hasta el alba de la época contemporánea. [...] Cuando se aborda la demografía de Egipto y de El Cairo, en la época contemporánea, se manejan cifras que producen vértigo. La población de El Cairo ha pasado, de 1937 a 1947, de 1,3 millones a 2 millones de habitantes. En 1960 era de 3,3 millones y en 1976 de 5,1 millones. Pero en esta última fecha El Cairo «metropolitano» [...] agrupaba 6,7 millones de habitantes (o sea, el 18,8% de la población de Egipto) y el «Gran Cairo» 8 millones. A. Raymond, *Le Caire, en L'Egypte d'aujourd'hui*, pp. 214 y 230. El movimiento de emigración a las grandes urbes es parte de la expresión del problema demográfico, puesto que a la concentración no sigue un desdoblamiento, sino un aumento general de excepcional importancia.

(22) Durante la última mitad del siglo XIX, el núcleo vivo de la población urbana, formado por ulemas, comerciantes y artesanos, formó el tercer estado que pudo haber asumido el papel de burguesía transformadora, pero se ancló donde estaba y vino a morir bajo los golpes de la competencia que le hicieron los extranjeros llegados bajo el dominio inglés. Cf. Riad, *L'Egypte*, pp. 74 y ss. y Amin, *Nation*, p. 41.

(23) Así, de un lado, los que dirigen la partida, que son los importadores de Liverpool y los Bancos ingleses, franceses y belgas; de otro, pegado a la tierra, el ente colonial. De uno a otro extremo, escalones intermedios: sucursales de las Agencias, firmas locales, corredores, tratantes, grandes, medianos y pequeños productores, campesinos sin tierra y obreros manuales. De un escalón a otro existen diferencias no sólo en el poder, el nivel de vida, sino en el vestido, la lengua, la figura. Una relación casi inversa entre iniciativa privada y egipcianidad. Berque, *L'Egypte*, p. 250.

barrera que imprime carácter a la sociedad (24).

Para este grupo, la *stangflation* supone una movilidad social imposible, un bloqueo estructural casi absoluto por mucho que traten de aprovechar al máximo sus posibilidades, a todas luces insuficientes para cubrir el abismo que lo separa de estratos superiores. Es un grupo social homogéneo, prácticamente enquistado, sin acceder ni ser accesible, que puede llamarse una burguesía media nacional de tipo agrario, que se contempla a sí misma luchando por conservar lo que tiene, sabedora de que, en caso de pérdida, está la nada; se encuentra obligada a hacer profesión de fe egipcia, a fin de encontrar una base sólida en la que asentar su interés.

Junto a los pequeños propietarios rurales hay un grupo de elementos que se distinguen de ellos por estar menos directamente sobre la tierra, pero que pertenece al mismo colectivo, con intereses prácticamente gemelos. Son los notables que, más o menos señalados, componen los cuadros institucionales y administrativos no muy numerosos pero que alcanzan un determinado nivel de influencia y prestigio. Nos encontramos de nuevo con categorías que en una sociedad occidental nos pueden parecer imposibles o, cuando menos, remotas y primitivas, pero es que debemos procurar no salirnos del círculo en el que se insertan.

La misma renta de las capas superiores puede resultar ridícula en comparación con las análogas occidentales; cuánto más no lo serán las percibidas por estas capas medias, pero lo que no tiene sentido es este traslado a una situación tan diferente. Si esto es así en niveles relativamente fáciles de cuantificar, parece razonable que, al hablar de ideología, encontremos unas grandes diferencias que, incluso a los mismos egipcios, cuesta encajar (25).

La artesanía local se mueve en los mismos planos, mostrando las cicatrices que la comercialización de productos extranjeros causa en sus actividades. La imposibilidad de competir ante estructuras productivas más avanzadas y los intereses que favorecen la penetración de estos géneros dejan al descubierto debilidades indudables que, sin embargo, en una sociedad menos fértil en tensiones y divergencias, habrían cumplido su papel y constituido anteriormente la base de una transformación.

Lo mismo puede decirse del comercio local, forzosamente reducido en sus catálogos ante la imposibilidad de un gran consumo, lo que se puede interpretar como la negación de un proceso de expansión capitalista, que lleva siempre aparejado un aumento del gasto a fin de alimentar dicha expansión. Por supuesto que las líneas de población que estamos tratando, y las que quedan por tratar, se mantienen al margen de este proceso de forma directamente proporcional a sus ingresos que, en términos generales, van a verse disminuidos con el paso del tiempo; por ello, la transformación social que nos ocupa se realiza con un desorden manifiesto que resalta su tantas veces repetida singularidad; aunque la imagen de un crecimiento económico en contradicción con el desarrollo social no sea única ni desconocida, serán sus notas de aberración extrema y deformación particular las que hagan resaltar su particularidad.

(24) Es cierto que la vida está regulada por todo un saber vivir: hay cosas que se hacen y otras que no. La sociedad es indulgente con ciertas acciones, pero, por contra, severa con otras, sin que esta escala de valores coincida siempre con las enseñanzas teóricas de la religión. En ese aspecto, todavía el paso de una vida tradicional a una vida urbana, con el trabajo en la fábrica, la escuela, etc., altera buen número de costumbres y si la autoridad del jefe de la familia es aún preponderante, si la del hermano mayor puede seguir siendo grande (incluso tiránica en casos aislados), el anonimato de las grandes aglomeraciones da a la presión social otro color. En el Alto Egipto, las vendettas han supuesto un grave problema durante largo tiempo. El honor de la venganza o el honor de la reputación de una mujer ocupaban un primer plano que la ciudad probablemente reducirá. J. Jomier, *Les musulmans*, en *L'Egypte d'aujourd'hui*, p. 57.

(25) Esta imagen de una población rural repartida en clases sociales conscientes, fundadas sobre bases económicas precisas y caracterizadas por ideologías «de clase» correspondientes a «intereses objetivos», no cuadra con la realidad egipcia. Riad, *L'Egypte*, p. 20. se trata de una afirmación dura.

Hay que entender siempre que la existencia concreta de esta pequeña burguesía ha sido posible gracias a la integración del país en el circuito capitalista comandado por Londres y que la renta algodona (26), con todos sus problemas, proporcionaba dividendos a estos sectores de población, aunque, por supuesto, la parte del león fuera a otras manos. El deseo de acceder a algo más que a los residuos es el interés legítimo y la aspiración de un grupo social que, en su frustración, conocerá la mayor de las decepciones.

La renta «per capita» que obtienen las capas intermedias del campo es ostensiblemente menor que la correspondiente a la pequeña burguesía ciudadana (27), aunque sea un dato que hay que tratar con cierta prevención, ya que las condiciones son distintas, especialmente en cuanto a la distribución de la población, mucho más numerosa en el sector agrario, por lo que la renta ha de bajar forzosamente, así como el nivel de vida que, a pesar de la diferencia de medio, debe encontrarse más degradado en lo concerniente a esta área.

Dentro de las capas medias urbanas es preciso señalar que no existe una burguesía media de amplio espectro, puesto que, frente a las grandes empresas, sólo darán respuesta artesanos de poca monta y empresas medianas pertenecientes a extranjeros.

Únicamente una élite funcionarial, los elementos más destacados de las profesiones liberales, frecuentemente con apoyos de altura, y los inevitables oportunistas están en condiciones de formar esa burguesía media en tránsito hacia más altos destinos, ya que el despegue es lo más difícil en cualquier situación de evolución bloqueada (28).

Los demás integrantes de las clases medias urbanas forman un conglomerado heterogéneo, que se define más bien por su situación frente a los demás estratos sociales que por su propia identidad. El mosaico está integrado por todos aquellos que poseen algo: un pequeño capital en dinero, tierra o cultura, porque esto último es asimismo un bien escaso, y por lo tanto económico, con el que se puede traficar e, incluso, constituir en uno de los pocos vehículos de ascenso.

La estratificación vertical se determina por el grado de independencia económica, mucho mayor en profesiones liberales y altos funcionarios, que se irá constriñendo hasta llegar a los que venden su fuerza de trabajo y participan de estructuras lucrativas que lo son en mayor grado para sus dirigentes.

Esta masa de trabajadores conoce muy diferentes retribuciones según la escala antes citada, recorriendo, de mayor a menor, los cuadros medios, los empresarios tradicionales – ya que los modernos ven subir su renta vertiginosamente y no se hallan estancados –, los funcionarios subalternos y los

(26) *Es inexacto presentar [...] el cultivo del algodón como un monocultivo: las exigencias del amalgado no lo permiten. Su implantación no había excedido más que escasamente del 20% de las superficies recolectadas y, durante la II Guerra Mundial había caído, incluso, a menos del 10%. Sin embargo, el valor bruto de la producción algodona [...] representaba todavía, en 1950, la mitad de las rentas agrícolas.* J. Besançon, *Portrait de l'égypte rurale*, en *L'Égypte d'aujourd'hui*, p. 195. Matización importante del concepto *granja de algodón del Lancashire*.

(27) Cf. Riad, *L'Égypte*, p. 45.

(28) *La burguesía nacional es incapaz de realizar la acumulación capitalista por los medios clásicos. [...] Han recurrido a los métodos parasitarios, a saber, las transacciones ilegales y los robos, la especulación, el mercado negro, la apropiación de la ayuda extranjera. En otros términos, se dedican a las transacciones inmediatas que aseguran una rápida circulación del capital y se caracterizan por el aventurerismo y la corrupción.* M. Kamel, *Le rôle politique et idéologique de la petite bourgeoisie dans le monde arabe*, en A. Abdel Malek et alii, *Renaissance du monde musulman. Colloque Interarabe de Louvain*, Gemblon, 1972, p. 417. Este pecado, achacable a una burguesía nacionalista convertida en clase dirigente, no era exclusivo de la misma, sino que fue aprendido en las prácticas diarias de la burguesía de negocios que le dejó el testigo del mando. La corrupción fue moneda corriente en Egipto y, todavía hoy, encontramos referencias. Cf. M. Heikal, *Otoño de furia. El asesinato de Sadat*, Barcelona, 1983, pp. 78 y ss.

empleados tradicionales, que se acogen a esta clase más por mentalidad que por status social.

Todas estas capas están sometidas y sienten la opresión nacional que, en un principio, achacan a la ocupación, no en vano, y especialmente durante dos guerras, conocerán la tiranía de los uniformes extranjeros como muestra de dicha presencia, a la vez que son testigos de hechos que interpretan como directamente orientados hacia la demostración palpable del poder de unos y del sometimiento de otros.

Desde Denšaway hasta los Bulūk Nizāmī, la pequeña burguesía urbana ve cómo el mundo se le puede venir encima en cualquier momento y comprende que se encuentra indefensa ante los abusos de los demás.

Son víctimas (y al decir esto apartamos sensiblerías) de todos los tipos y formas de opresión, que se traducen en la imposibilidad de promoción de sus miembros por caminos normales. La estanqueidad social conocerá una de sus mayores barreras, que va agrandando la separación interclasista al empeorar la situación económica. Como también suele ocurrir en estas ocasiones, el empeoramiento afecta más a los que tienen algo, poco, que perder, que se ven abocados a una polarización de clase que genera indudables conflictos en el cuerpo social.

Las expectativas de ascenso sufren continuas decepciones que van eliminando las posibilidades de convertirlos, al menos, en pequeños explotadores, al mismo tiempo que su condición de trabajador, cada vez más degradada ante diversos envites, individualizada y empequeñecida, los aproxima peligrosamente a los desheredados, límite, como hemos visto, del ser o no ser egipcio.

Las pocas posibilidades de mejora van a estar, sin duda, en la ciudad, junto a las grandes concentraciones de personas y de capitales, sede de trabajos intelectuales y con un nivel, a cierta altura, netamente superior al del campo.

El principal nudo contradictorio se sitúa en el hecho de que esta clase media hubiera debido ser de transición, al menos sus individuos; pero es que esa transición está bloqueada por una estructura superior rígida capaz de generar una presión insostenible, que remitirá o no según los períodos de mayor o menor bienestar y cuyo grado de actividad varía según la situación de sus miembros, pero que se halla en el punto de cruce en el que convergen lo antiguo y lo moderno en un ir y venir que provoca la interiorización doble de la crisis transicional.

Durante los años de postguerra Egipto conoció las épocas más conflictivas de la primera mitad del siglo XX.

Tras la primera guerra mundial, vendrá la Revolución encabezada por el Wafd; después de la segunda, la cadena de sucesos que engarzan la fecha de 1948 con los agitados años cincuenta; fueron tiempos de profundos intentos de cambio cada vez más consistentes.

En ambas ocasiones, la pequeña burguesía urbana y las clases medias rurales tuvieron voz.

La primera de ellas vió cómo un Wafd, dirigido por terratenientes y banqueros, al principio sólo apoyado, engrosaba sus filas, tras los primeros instantes viscerales y revolucionarios, con miembros de todas las clases, especialmente medias, ya que las populares se mantienen lejos de toda militancia.

Mientras duró el conflicto mundial, asistimos a un proceso de concentración capitalista, favorecido paradójicamente, por la caída del precio del algodón y la constitución de industrias auxiliares sin futuro; una vez restablecida la seguridad de las rutas comerciales, la fortuna sonríe a los que financian las exportaciones con su viaje de vuelta, aunque una serie de empresas caigan sin remedio. *Acaba la política de «barriga llena» de la que se jactaba Lord Cromer, así como sus competidores franceses de la época. La explotación, la confiscación, toman su verdadero rostro* (29); los privilegiados constituyen el grupo Misr con su indudable repercusión social.

Para examinar el maridaje entre aristócratas y pequeño-burgueses que representa el Wafd, hay que volver a la explicación que dábamos al hablar de la dirección burguesa (30). Los traumas que la clase media sufre respecto a la alta, unidos a las consecuencias de la guerra pueden dar la clave. Si los aristócratas musulmanes empleaban el Wafd como arma contra los turcos y los coptos como afirmación de su personalidad minoritaria, ¿qué motivaba a la pequeña burguesía?

En primer lugar, tenemos la dependencia de las capas medias en dirección al sistema económico y, por tanto, a la jerarquía social. En segundo lugar, y sin poder precisar si es causa o efecto, encontramos la solidaridad nacional como expresión natural contra los ingleses y, por lo mismo, el apoyo a quien representa un obstáculo hacia ellos. Los afanes independentistas calaron rápida y profundamente en este sector social que, estimulado por sus bastiones intelectuales, cre en una gran lucha a nivel nacional que puede derrotar al ocupante. En un primer estadio acepta el liderazgo de quien, aun estando alto, puede consumir la independencia y representar a todos los ambientes del país, integrados en una coral que pide libertad frente a la prepotencia extranjera.

Es la época del nacimiento de grandes conceptos que engloban sentimientos y anhelos nacidos de unas situaciones dadas de carácter socioeconómico y que vienen a ser las banderas de lucha y resistencia contra ellas; el nacionalismo, en sus vertientes egipcia y árabe, y la afirmación islámica, con sus tendencias de progreso y regreso, concitan polémicas y discusiones que son intentos de contestar una realidad incómoda para todos, de la que se hace responsable a una parte, sin duda acreedora a esa acusación, pero en modo alguno culpable único, más bien socio molesto a quien se trata de alejar, circunstancia que no acaba de ser vista por quienes se alinean enfrente.

El estudio sociológico de una clase presenta muchas caras que una generalización va a simplificar en demasía, pero es inevitable que, al poner de manifiesto las líneas maestras, los detalles se difuminen hasta perderse. En todo caso, es la opción elegida ante el temor de que la proximidad impida abarcar el conjunto.

Uno de los detalles que más resaltan en la época de entreguerras, es la política militar en su aspecto de apertura de los grados de la milicia a esta pequeña burguesía (31). Dos veces ocurrió durante la

(29) J. Lacouture, *Nasser*, p. 17.

(30) Si la dirección del Wafd está en manos de grandes terratenientes, financieros, intelectuales y altos funcionarios, sus miembros proceden de todas las capas de la nación, obreros, artesanos y campesinos. Tomiche, *L'Egypte*, p. 64.

(31) Abriendo los más altos grados del ejército a los indígenas, (Sa'ïd en 1854) permite la formación de un núcleo de oficiales nacionalistas cuya actividad se desplegará desde fin de siglo. Tomiche, *L'Egypte*, p. 39. El grado, ironiza Russell pachá en sus memorias, se media según la talla: un general delgado era un imbécil, un enfermo o un estrofulario... En 1937, el ejército real egipcio aparecía como un rompecabezas de unidades de parada, fuerzas semipoliciales y escuadrones de caballería para hijos de pachá amantes del polo. Lacouture, *Nasser*, p. 43. Desde 1882, los efectivos militares estaban limitados a 18.000 hombres. A partir de 1936, una nueva generación salida de la pequeña burguesía comenzó a orientarse hacia las fuerzas armadas egipcias. No es casualidad si ocho de los once oficiales que crearon el «comité preparatorio del grupo de oficiales libres» en Egipto estaban entre los reclutas de la academia militar en 1936, que los otros tres entraron después y que, además, todos hubieran salido de la pequeña y mediana burguesía. Kamel, *La petite bourgeoisie*, p. 370.

historia moderna: en 1854 y 1936; ambas situaciones presentan un paralelismo en 1881 y 1952, si bien sabemos que no se trataba de la continuidad de una clase. Indudablemente, la carrera militar, desde el momento en que era posible seguirla, se presentaba como una posibilidad de promoción y de estabilidad tanto más que envidiable cuanto que las condiciones de vida sufren un progresivo deterioro. Reúne el prestigio y la seguridad tan caras a la mentalidad pequeño-burguesa, quizás porque las circunstancias no propiciaban estos objetivos. A ello se le une el aura de valor que permite comprender sin dificultad el reclamo del ejército sobre la juventud.

Tras la II Guerra, Egipto es ya un país roto (32); un nuevo proceso de acumulación igual al de 1918, pero de consecuencias más graves por el estado de la población, determina la disminución del número de empresas en un 84,13% en sólo tres años (33). Tal convulsión económica no puede ser asimilada por los que tienen poco, que ven cómo sus condiciones de vida van empeorando peligrosamente en dirección al abismo, mientras que sus ilusiones ruedan rotas a sus pies (34).

Gradualmente, el Wafd fue sostenido con menos firmeza, puesto que una mínima política de gestos llegó a ser demasiado para este partido. Ya veíamos cómo no contemplaba un programa interior serio y realista; los pasos que dio fueron insuficientes y, desde luego, no encajaban en la cada vez más rica ideología pequeño-burguesa, que, ante la falta de homogeneidad ideológica propia, llega a un eclecticismo resultante de una búsqueda continua en todos los sentidos y de un intento de adaptación de doctrinas muy diferentes de las que escoge los puntos que mejor cuadran individual o colectivamente.

Entre las fuentes ideológicas más frecuentadas por el cántaro pequeño-burgués, Kamel (35) cita las siguientes: el dogma y la tradición islámica, la tradición y la civilización árabes, la revolución francesa, los filósofos y socialistas utópicos, el marxismo... Acerca de cada fuente hay numerosos trabajos y se podrían emprender más, por lo que huelgan matizaciones, pero lo que sí es evidente es el hecho de que la pequeña burguesía nutre por sí misma los cuadros de diferentes partidos que van desde el reformismo hasta cualquiera de los extremos.

Como guinda amarga de un pastel poco apetitoso tenemos la guerra de 1948 que representa el último acto del poder de Palacio que, con la derrota, no va a levantar cabeza. El enemigo no fue inventado por el rey, pero sirvió para que el descontento popular se tratara de encauzar a través de una guerra clásica (36). Tras la derrota, nunca pensada, el pueblo egipcio vio, antes que nada, la ineficacia de un ejército no preparado por quien lo manda a combatir. El clima de falta de ética en que se desarrolla la vida de Palacio salta a la vista y, junto con los elementos de ocupación, se sitúa en una posición a extinguir.

(32) *Egipto sale de la guerra enriquecido y embocioso. El pueblo egipcio, disociado y frustrado. [...] El rey, un tiempo popular, quedará marcado para siempre por la humillación de febrero de 1942, que ha arrojado sobre el Wafd una mancha infamante. La ocupación extranjera [...] ha liberalizado las costumbres y provocado, por reacción, un puritanismo xenófobo que será uno de los resortes nuevos pero esenciales de la vida pública en los años venideros. [...] La prensa se halla en estado de hormigueo continuo, de intensa excitación. El número de publicaciones se ha triplicado en tres años. El número de periodistas ha pasado, de antes a después de la guerra de 1.200 a 8.200. Muchas de estas hojas no duran más que algunos meses o algunas semanas. Pero mantienen una fermentación intelectual que Egipto no ha conocido nunca ni volverá a ver más —por lo menos bajo esta forma.* Lacouture, Nasser, pp. 51 y 53.

(33) Kamel, *La petite bourgeoisie*, p. 367.

(34) *(A partir de 1944) el Wafd no es ya la «delegación» que había sabido, conseguir la unanimidad de Egipto en las horas sombrías de la revolución. [...] El Wafd no es ya más que un partido político. [...] Sin duda, posee todavía una numerosa clientela y una sólida organización interna, pero ha dejado de ser [...] la «emanación» de la nación.* M. Colombe, *L'évolution de l'Égypte. 1924-1950*, París, 1951, pp. 116-117.

(35) Kamel, *La petite bourgeoisie*, pp. 384-388.

(36) Hussein, *L'Égypte*, pp. 44 y ss.

Estos vientos, sembrados durante años, serán la tempestad de 1952 que vendrá a significar, más que un pronunciamiento contra un Estado, la caída de una estructura social deshecha y agotada por sus propias tensiones en las únicas manos organizadas. No fue posible la regeneración porque se había presionado tanto, que solamente un salto violento podía intentar la ocupación de un espacio que la evolución social reclamaba.

### 2.3. LAS MASAS POPULARES

El papel de las clases populares en la historia del Egipto moderno representa un punto cuya interpretación ha conocido las más diversas posturas que, sin entrar en una confrontación abierta muchas veces, responden, o tratan de responder, a concepciones particulares de la historia.

Estas actitudes denotan la existencia de un terreno particularmente resbaladizo en el que tiene lugar un conflicto entre el ser y el deber ser victorianos, que afectó muy frecuentemente al mundo árabe, ya que se da en el objeto a estudiar y en el propio estudioso, no siempre especialista; si no hay contradicción, se inventa y, si sólo es aparente, en lugar de explicarla, se busca un fundamento artificial mediante el que manifestar la hipotética paja en el ojo ajeno. No se trata de un maximalismo denunciador sino de la constatación de situaciones repetidas.

La ruptura de esquemas se produce al comprobar cómo el pueblo llano hace dejación del papel que se le tenía asignado, al no protagonizar su lucha contra el elemento explotador. Por otra parte, cuando otro sector social se arroga su representación y tutela, el cuadro se completa ante la general perplejidad.

Dentro del país, por encima de todas las divisiones naturales y artificiales, hay una frontera que separa a los que tienen algo de los que no poseen nada. Es la línea más difícil de franquear y la más importante en cuanto a la determinación de la estructura social (37). La dificultad de paso confirma la existencia de una estanqueidad intensa y efectiva que no se para en disponer trabas que afecten al tránsito social, condenando a la mayoría de la población a un ghetto de miseria, sino que condiciona un nacimiento defectuoso del cuerpo social, ya que, sobre el infortunio de la mala posición, se acumula el papel de lastre que no ha podido solucionar ningún gobierno, al menos hasta la fecha.

Hasta 1952 no ha habido ningún plan económico que contemplara realmente su redención; el único papel asignado ha sido el de mero divisor de la renta, dato estadístico que no resiste una mínima ponderación, ya que la distribución de la renta se fue distorsionando hasta el absurdo, primando a los que más tenían y acentuando diferencias, en extremo inverosímiles, que no pueden convenir ni a los intereses más egoístas, a no ser que vivieran completamente de espaldas a la realidad de la vertebración social que en Egipto casi se logra eliminar; las masas populares resultan una carga muy difícil de estibar correctamente, lo que determina una velocidad muy lenta para la nave egipcia que navega con gran peligro de zozobra.

Dejando aparte este papel absolutamente pasivo, casi podemos decir que los desheredados egipcios no han entrado en la historia, en el sentido de que no creen y ni siquiera tienen conciencia de es-

(37) Cf. Tomiche, *Origines*, p. 99 y Hussein, *L'Egypte*, p. 18.

tar haciendo su historia (38). No obstante, las burguesías van a adjudicarse la tutela de lo que se podría considerar como sus intereses, y a enarbolar la bandera de sus hipotéticos problemas en una actitud que bien se calificaría como muy próxima al despotismo ilustrado. De todas formas, es evidente que los más pobres, ya procedan del campo o de la ciudad, no van a intentar mejorar su situación colectiva ni a encuadrarse en organizaciones que alcancen un cierto relieve numérico ni permanencia en el tiempo.

Diversas interpretaciones han tratado de suavizar esta situación acercando las masas a niveles proletarios o artesanales, cuando las características de desocupación o subempleo impiden esta identificación, aunque la duración proporcione a la realidad un valor estable (39).

Las condiciones económicas de la nación egipcia nunca fueron favorables a la expansión, pues se trata de un país deficitario en materias primas, con los recursos naturales cifrados únicamente en una agricultura medida, huérfano de desarrollos tecnológicos propios; este panorama, sombrío de por sí, toma tintes trágicos cuando se saca a la palestra el aspecto demográfico, que nos presenta un crecimiento galopante de la población, cuyos recursos estaban absolutamente contados.

Podemos dar por supuesto que el P.I.B. de Egipto no alcanzó nunca ni, por tanto, mantuvo, los ritmos de crecimiento que habían sostenido las economías europeas en diversas fases, que comienzan a partir del Renacimiento para continuar durante distintos períodos que desembocaron en la revolución industrial; ahí encontramos ya un desnivel que, precisamente, y a efectos teóricos, implica el despegue económico de Occidente, la mudanza de sus estructuras y la superioridad ante formaciones sociales que un día estuvieron, como mínimo, a su altura, pero que congelaron su dinámica en unos puntos determinados, por lo que se vieron rebasadas; no hay que hablar tanto de decadencia de la sociedad islámica — y en economía, todo lo que no crece, mengua —, como del avance occidental, que transcurre por caminos ignorados para Oriente.

Partiendo ya de una situación de clara desventaja, a la sociedad egipcia sólo le queda el camino de un desarrollo industrial intensivo que pueda incorporar al proceso de producción a todas las fuerzas sociales que van en aumento y no encuentran su ubicación en la economía clásica.

Al no ser ésta la línea en que se desencadenan los acontecimientos se margina a una parte cada vez mayor del país, lo que supone, por supuesto, la no absorción de una mano de obra que cada día excede en mayor número y, lo que es igualmente importante, la imposibilidad de implantar un sistema completo de producción, acumulación y desarrollo (40).

(38) *Las masas populares apáticas no participan efectivamente de ninguna manera en la vida general del país, no desean ni creen hacer su historia.* Riad, *L'Egypte*, p. 21. Y, efectivamente, las «masas populares» no pertenecen a la especie humana si se admite que el hombre se define por el hecho de que desea hacer su historia y cree en ello. Estas masas populares apáticas no participan de ninguna manera en la vida general del país, no desean ni creen hacer su historia. Ayer, en el siglo XIX, cuando los campesinos pobres no constituían más que una capa (quizás un máximo de un 10 ó un 20%), ¿existía ya este fosó? ¿O bien los campesinos pobres estaban encuadrados en una sociedad con un sistema de valores a los que se adherían? (39) *Se han asimilado abusivamente la mayor parte de los pequeños oficios a empresas artesanales, la multitud de vendedores ambulantes a pequeño-burgueses.* Riad, *L'Egypte*, p. 99.

(40) Al no ser necesario un nivel de preparación a fin de ocupar puestos especializados, la educación queda en un plano secundario, favorecido además por el interés del ocupante, que sólo contemplaba la instalación de industrias que se surtieran de mano de obra barata. En este contexto se entiende a Mústafa Kámil, cuando en un discurso pronunciado en el Hotel Carlton de Londres en julio de 1906, decía: *Lord Cromer ha reservado la instrucción sólo para los ricos, nada más que para los ricos.* J. Adam, *L'Angleterre en Egypte*, París, 1922, p. 166. *La educación en tiempos de los británicos no sólo era deficiente en cantidad, sino en calidad. La enseñanza se limitaba a formar un tipo especial de persona, subordinada por completo al gobierno. Las escuelas se consideraban lugares de trabajo, que satisfacían la demanda de personal de las oficinas gubernamentales.* Z. Naguib Mahmoud, *Egipto*, Barcelona, 1964, p. 150.



No es que la actividad económica no vaya en aumento, puesto que el comercio, la industria y la agricultura, cada uno a su paso, conocen tirones y permiten el enriquecimiento de algunos sectores del conjunto, pero más de medio país va a quedar fuera de esta dinámica, lo que provocará, a pesar del aumento del P.I.B. y de la renta en términos absolutos, que ésta permanezca prácticamente estable. La interpretación de las estadísticas alcanza un alto grado de pesimismo plenamente justificable.

El proletariado, que sí se asocia en sindicatos y que tiene una actuación importante en diversos momentos posteriores a la II Guerra Mundial (41), cuenta con dos limitaciones principales para llevar adelante un hipotético papel de motor de transformaciones: una de ellas es su número, nunca superior al 10% de la población ciudadana y, la otra, su posición relativa dentro de la estratificación que, si bien no es desahogada ni, por supuesto, importante frente a las grandes fortunas, sí denota un nivel de renta aproximadamente seis veces superior al de los desheredados. De ahí que sus posturas tiendan a un reformismo alejado de teóricas posiciones de clase.

En el campo, la explosión demográfica ha significado que los campesinos sin tierra y pobres lleguen a ser casi el 80% de la población, lo que implica un sobrante de los 2/3 de la mano de obra. Son cifras que producen vértigo solamente al escribirlas, pero es que 6 \$ de R.P.C. anual, incluso en los años cincuenta, indican un subdesarrollo muy difícil de superar (42).

La fuerte emigración a la ciudad, especialmente a El Cairo y Alejandría, es consecuencia inmediata que representa para las familias una mayor comodidad al no tener que compartir su miseria con el ausente. ¿Qué puede esperar el emigrante? Porque habíamos visto cómo la ciudad podía ofrecer algun oportunidad más a los elementos de la clase media, pero, a los desheredados, lo único que podía darles eran unos precios más altos entre otras dificultades de índole variada. Frente a ellas, solamente un subempleo delirante va a permitir la supervivencia a niveles exclusivamente primarios. La R.P.C. sube unos escasos dólares que se volatilizan ante el alza de precios. Con esto, ya tenemos hermanadas en cuanto a condiciones de vida, a masas populares rurales y urbanas (43). En la ciudad son algo más del 50% los que no declaran empleo, se mueven en el nivel doméstico o alcanzan, como máximo, un subproletariado nada envidiable.

La búsqueda diaria del sustento es individual. Es un constante sálvase quien pueda que evita cualquier grado de organización con fines medianamente trascendentes; todo eso, a pesar de que la renta urbana va evolucionando, toma la delantera a la agrícola y las empresas modernas consiguen grandes beneficios. Este desarrollo tiene lugar a espaldas de esa mayoría de población que se contenta con responder ocasionalmente a las proclamas que la burguesía lanza en su nombre (44).

Los blancos son los más representativos del sistema de ocupación, pero nunca habrá un frente

(41) Su más importante manifestación será el Comité Nacional de Obreros y Estudiantes. Cf. Hussein, *L'Egypte*, pp. 44-54 y A. Abdel-Malek, *Egipto sociedad militar*, Madrid, 1967, pp. 44-47. Sobre el conjunto de los aspectos sindicales, cf. F. J. Tomiche, *Syndicalisme et certains aspects du travail en République Arabe Unie (Egypte)*, 1900-1967, París, 1974. Esta obra no sólo es importante por abordar el tema sindical, sino porque parte de una importante serie de datos generales concienzudamente recogidos.

(42) *Ya entre 1882 y 1949 (las tierras de producción) habían pasado de 1.980.000 Ha. a 2.534.000 Ha., o sea, un suplemento del 28%, en el mismo tiempo en que la población del país había crecido un 150%*. J. Besançon, *Portrait de l'Egypte rurale*, en *L'Egypte d'aujourd'hui*, p. 208.

(43) Riad, *L'Egypte*, pp. 42 y 165.

(44) *En la tribuna del Parlamento, en las columnas de la prensa gubernamental, en las declaraciones de los ministros, ambiciosos planes de reformas sociales fueron largamente expuestos y atrayentes promesas fueron hechas. La mejora de la suerte de los campesinos y la protección de los obreros de la industria fueron objeto de un sinnúmero de informes, de múltiples reuniones de comisiones de encuesta y de estudio, de los cuales los discursos del Trono pronunciados cada año ofrecían un brillante balance. Sin embargo, las realizaciones fueron mínimas: la mayoría de los proyectos estudiados fueron a amontonarse, abocados a un olvido seguro, en algunas carpetas*. M. Colombe, *L'évolution de l'Egypte. 1924-1950*, París, 1951, p. 201.

amplio dispuesto a conseguir mejorar su calidad de vida. Las condiciones en que los desheredados llevan a cabo su existencia están cargadas de una dosis de inmediatez tan importantes, que nunca dieron lugar a un más allá no episódico y con visos de continuidad (45).

Las clases populares, sin embargo, gozarán de un protagonismo especial en los sucesos que antecieron a la caída del régimen con toda su fanfarria. La marcha de voluntarios a Palestina, las incómodas guerrillas que tan poco gustan a las instancias constituídas, la agrupación de las mismas para hacerlas fracasar en la guerra y las dificultades crecientes, provocan multitudinarias manifestaciones de descontento que desembocaron en el incendio del El Cairo en enero de 1952. Cualquiera que sea la verdadera entre la infinidad de versiones que circularon, la realidad es que la actuación de las masas fuera de control representó una dura llamada de atención acerca de una situación insostenible.

Pocas veces se ha echado la gente a la calle. Muchas de esas pocas ha sido vergozosamente manipulada; no obstante, su grito ha de ser tenido en cuenta. Quizá, en la incorporación de las masas al proceso social activo, esté una de las claves.

(45) *El proletariado no existe prácticamente, las masas desheredadas, cada vez más numerosas, se ven deshumanizadas, reducidas a la cotidiana búsqueda de la píastra que permitirá sobrevivir.* Amin, *Nation*, p. 47.